

In memoriam

Tomás Pérez Turrent: ver y escribir

José Gordon

Hay que imaginarlo en el cine. Se encuentra sentado en una de las primeras filas como si fuera el alumno más atento. No se quiere perder una imagen o una palabra. La sala se oscurece gradualmente. Está en el centro de su pasión. De un morral lleno de revistas, recortes de periódico y artículos saca un cuaderno muy pequeño. Las escenas se dibujan en la pantalla. De vez en cuando, Tomás Pérez Turrent prende una linternita, que a la vez es pluma, y apunta lo que le parece relevante. Se trata de un ejercicio que desembocará en una más de las reseñas críticas que ha elaborado durante tantos años. Ya ha perdido la cuenta. Ver y escribir. Escribir y ver. En ese claroscuro se ha cifrado su vida.

Como escritor de cine, su trabajo se basa en una mirada que investiga minuciosamente la realidad. Toma apuntes de la larga película de la vida que aparece en las calles, realiza entrevistas, se documenta para estructurar guiones de cintas como *Canoa* y *Las Poquianchis*. Le preocupa profundamente lo que observa, el problema de la injusticia y la desigualdad. Su hija Natalia me cuenta que en el último guión que deja escrito se mantiene la indignación de ver cómo los jodidos siempre acaban más jodidos. Se trata de una historia que desarrolló a partir de una nota periodística: personas que no tienen ninguna culpa son asesinadas por las autoridades. Pérez Turrent se entrevista con el reportero que dio cuenta de la noticia, visita el Reclusorio Norte para tratar de aclarar lo que pasó. El cine debe ser espejo de los ritmos e historias que se expresan en la realidad. A través del cine, decía Pérez Turrent, se conoce la problemática de un país, los anhelos y el potencial de su gente, la memoria de una cultura.

En contraposición de las ideas que predominaban en Hollywood, Pérez Turrent apreciaba en el cine el paso del tiempo lento, muy parecido a la vida. Cuando le hablaban de la insoportable lentitud de alguna película, citaba a un crítico que decía: “¿Cuál es la prisa?”. Pérez Turrent tenía una respiración interna que podía fluir con tomas largas, de las que ya no se hacen, debido a los ritmos de edición a los que nos han acostumbrado la televisión y los efectos especiales. Natalia me cuenta que una de las últimas películas que vio junto con su padre fue una cinta argentina “hecha con dos personajes y tres pesos”. Pérez Turrent estaba emocionado. No se necesita una gran tecnología, tampoco preciosismo, lo que el cine requiere son buenas historias.

Una anécdota que solía contar sobre Luis Buñuel pinta de cuerpo entero la estética de Pérez Turrent. Entran al cine a ver una película de Visconti. El comentario de Buñuel: “Mucho paisajito, mucho paisajito”. Para Pérez Turrent el cine debía ser un encuentro con imágenes pero también con la emoción y el pensamiento.

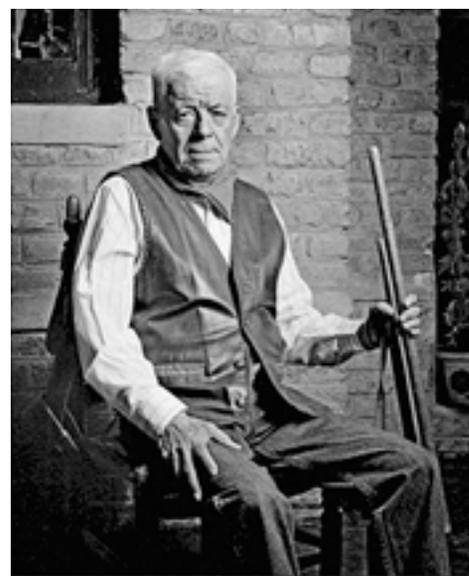
Su formación inicial se dio en el campo de la filosofía. Uno de sus grandes maestros fue Adolfo Sánchez Vázquez, a quien admiraba profundamente. Natalia me cuenta dos momentos que ilustran esta pasión. En algunas ocasiones su padre era parco. Ella le comentaba algo, él respondía con monosílabos. Un día, al sentarse a comer después del regreso de las clases de secundaria, Natalia le hace una pregunta sobre un tema básico de filosofía. Él deja a un lado todo lo que iba a hacer y habla sin parar sobre ello durante toda la tarde hasta que se adentran en la noche.

La otra imagen está ligada al pensamiento: se reencuentra con un amigo que había

sido torero. Se supone que van a hablar sobre esa otra gran pasión, los toros. Toda la conversación gira en torno a la filosofía.

Pérez Turrent se daba tiempo para el tiempo. Solíamos platicar en el *Café La Habana*, uno de esos lugares en donde la vida transcurre lentamente. Con el morral al lado, hablaba con las manos, pero sobre todo con el movimiento de las cejas y una ligera sonrisa irónica y a la vez cálida que no se alcanzaba a dibujar del todo. En esos *haikus* visuales se condensaban sus opiniones sobre una película o sobre un tema que le interesaba. Lo recuerdo generoso y sencillo, el cabello plateado, los oscuros ojos encendidos. Esa mirada compartió su memoria del cine y de la pasión por la vida en nuestra conciencia colectiva.

Su esposa Gillian me habla de una imagen que captura su mundo: Tomás Pérez Turrent está sentado cómodamente en un sillón con un *whisky* en la mano, disfrutando la música, el momento. Intensidad y calma que cifraron una vida para ver y escribir, escribir y ver. **U**



Tomás Pérez Turrent